

Sección Oficial Diocesana

Cancillería-Secretaría del Obispado

Sobre el Sacramento de la Confirmación «in articulo mortis»

De orden del Excmo. Sr. Obispo se recuerda a los Rvdos. Párrocos y Eónomos que hayan administrado el Santo Sacramento de la Confirmación «in articulo mortis», a tenor de las facultades que les otorga el Decreto «Spiritus Sancti munera», la obligación que tienen de enviar «singulis vicibus statim ad Ordinarium dioecesanum proprium authenticum nuntium collatae a se Confirmationis, adittis aiunctis omnibus in casu currentibus», ya que el Rvdmo. Sr. Obispo ha de enviar relación anual a la S. C. de Sacramentos.

Si alguno de los mencionados Sres. no lo hubiera hecho, durante el año 1955, se le ruega que, cuanto antes, envíe a esta Cancillería Secretaría relación escrita, utilizando el modelo publicado en el B. O. del Obispado de 1947, págs. 102 y 103.

Léanse, con detención, las Normas publicadas en el «Boletín» de 1946, páginas 405 a 410 y se verá la obligación que tienen los Párrocos o Eónomos de comunicar al Ordinario, «quam primum», en el término de tres días, la administración del referido Sacramento de la Confirmación.

Salamanca, 28 de enero de 1955.

Avelino López,
Canciller-Secretario

Santas Misianes Parroquiales en el año 1956

Los pueblos que habrán de ser misionados en el presente curso, si no han sido misionados en los diez últimos años, son:

Encinasola, Guadramiro, Picones, Anaya de Alba, Larrodrigo, Garcihernández, Villagonzalo, Terradillos, Pedrosillo de Alba, Gajates y Pedraza de Alba.

Serán Misioneros los RR. PP. Paúles, a no ser que algún Párroco prefiera otros Misioneros que sean aprobados por el Excmo. y Rvdmo. Señor Obispo.

Con la debida antelación se avisará a los Sres. Párrocos la fecha de la Santa Misión.

Para todo cuanto se relacione con la misma pueden dirigirse, en la seguridad de que serán atendidos en lo posible, al Sr. Director de las Misiones, PP. Paúles.—Ronda del Corpus, 49, Salamanca.

El Canciller-Secretario.

Tribunal Eclesiástico

Causa de nulidad: matrimonio Núñez-Asensio

EDICTO

NOS el Doctor Don Juan Sánchez Martín, Provisor de la Diócesis, Presidente del Tribunal Colegial que entiende en esta Causa,

Por el presente NOTIFICAMOS a D. Pablo Núñez Solé, cuyo paradero se desconoce, que en el incidente promovido ante este Tribunal en orden a declaración de contumacia del actor se ha dado Decreto declarando la contumacia, y que el texto original del mismo se halla unido a los Autos, pudiendo el actor declarado contumaz pedir del mismo las copias que le interesen.

Dado en Salamanca a 16 de enero de 1956.

Dr. J. Sánchez.

Por mandado de S. S. I.

Eduardo del Arco

Actuario

Documentos de la Santa Sede

Mensaje al Orbe Católico en la Navidad de 1955

Con el corazón abierto a la suave alegría que el nacimiento del Redentor difundirá, una vez más, en las almas de los creyentes, deseamos expresaros a vosotros, amados hijos de la cristiandad, y a todos los hombres indistintamente, nuestros paternos augurios tomando la materia como en el año pasado, del misterio inagotable de luz y de gracia que brota de la cuna del Divino Niño en la santa noche de Belén, cuyo resplandor no se extinguirá jamás mientras resuenen en la tierra los pasos dolorosos de quien busca, en medio de las espinas, el sendero de la vida verdadera.

¡Cuánto quisiéramos que los hombres todos, esparcidos por los continentes, las ciudades, las villas, los valles, los desiertos, las estepas, las expediciones de los hielos y de los mares, por todo el orbe terráqueo, volbiesen a escuchar, como dirigida a cada uno de ellos en particular, la voz del ángel que anuncia el misterio de la gracia divina y del amor infinito que, borrando un pasado de tinieblas y de condenación, dió principio a la vida de la verdad y de la salvación!

No temáis, pues os traigo una buena nueva, que será de grande alegría para todo el pueblo; hoy en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor.

Quisiéramos que al igual que los sencillos pastores, que fueron los primeros en acoger con silenciosa adoración el mensaje, también los hombres de hoy se viesen subyugados y arrebatados por el mismo sentimiento de estupor, que impide toda palabra humana e inclina la mente a la meditación y a la adoración cuando se revela a sus ojos un hecho tan sublime; el de Dios encarnado.

PRIMERA PARTE

Actitud del hombre moderno frente a la Navidad

Pero se puede preguntar con trepidante ansiedad si el hombre moderno se halla aún dispuesto a dejarse dominar por tanta grandeza sobrenatural y a dejarse penetrar en la alegría íntima que encierra. Este hombre moderno casi convencido del aumento de su poder, inclinado a medir su propia fuerza por la potencia de sus instrumentos, de sus organizaciones, de sus armas, por el proceso de sus descubrimientos, por el número de sus productos, por la distancia a donde puede llegar su palabra, su vista, su influjo, este hombre habla ya orgullosamente de una edad de bienestar fácil, como si le tuviese al alcance de la mano, y como seguro de sí y de su porvenir se atreve a todo impulsado por una audacia incontenible y trata de arrancar a la naturaleza sus últimos secretos y de doblegar las fuerzas naturales a su voluntad y ansía penetrar con su propia presencia física hacia los espacios interplanetarios. En verdad que el hombre moderno, precisamente por estar poseído de cuanto el espíritu y la mente humana han producido en el espacio de los tiempos, debería reconocer aún más la infinita distancia entre su obra inmediata y la de Dios inmensa. Pero la realidad es bien diversa. Porque la visión falsa o estrecha del mundo o de la vida, aceptada por el hombre moderno, no sólo le impide sacar a la obra de Dios, y en particular de la encarnación del Verbo, un sentido de admiración y alegría, sino que le impide el poder reconocer en ella el indispensable fundamento que da consistencia y armonía a las obras humanas. No pocos, en efecto, se dejan como deslumbrar por el resplandor limitado que de estas brota y se resisten al íntimo estímulo

de buscar su origen y su perfección fuera y por encima del mundo de la ciencia y de la técnica. A semejanza de los constructores de la torre de Babel, sueñan ellos en una inconsciente «divinización» del hombre que convenga y baste a cualquier exigencia de la vida cristiana, espiritual. En esos, la encarnación de Dios y su vida entre nosotros no suscita ningún interés profundo, ninguna conmoción fecunda. Navidad no tiene para ellos otro contenido ni otro lenguaje que el que puede expresar una cuna: sentimientos más o menos vivos, pero únicamente humanos, y si es que no son oprimidos por costumbres mundanas o bullangueras que profanan hasta el simple valor estético y familiar que la fiesta de Navidad, a modo de reflejo, irradia de la grandeza de su misterio.

Otros, en cambio, por caminos opuestos, llegan a tener en menos las obras de Dios, cerrándose de tal modo al camino de la alegría secreta de la Navidad. Avivados por las últimas experiencias de los pasados decenios, que, según ellos, han demostrado la brutalidad humana de la sociedad actual, denuncian ásperamente el esplendor externo de su fachada y niegan todo crédito al hombre y sus obras y no ocultan el disgusto profundo que su afectiva exaltación provoca en sus almas. Por lo tanto, ellos propugnan que el hombre renuncie a su dinamismo exterior, sobre todo técnico, que se encierre en sí mismo, donde hallará la riqueza de una vida interior enteramente suya, exclusivamente humana, capaz de satisfacer toda exigencia posible. Sin embargo, esta inferioridad; completamente humana, es incapaz de cumplir la premisa que se le atribuye de satisfacer la exigencia total del hombre. Es más bien una esperanza angustiada, casi desesperada, sugerida por el temor y la incapacidad de darle un orden externo y no tiene nada de común con la genuina interioridad completa, dinámica y fecunda. En esta, efectivamente, el hombre no está sólo, sino que convive con Cristo, y conviviendo con El sus pensamientos y su acción se acercan a El como amigo, como discípulo y casi como colaborador y se ve empujado y sostenido por El cuando ha de afrontar el mundo externo, según las normas divinas, porque El es el Pastor y custodio de nuestras almas.

Los indiferentes e insensibles

Entre unos y otros de todos esos que la concepción errónea del hombre y de la vida sustrae al influjo saludable y determinante del Dios encarnado, está la gran masa de los que sienten orgullo por el esplendor externo, por la humanidad actual, y pretenden retirarse al interior de sí mismos para vivir sólo de cuanto puede dar el propio espíritu. Son los que se dicen satisfechos si logran vivir del momento, no interesándose ni deseando otra cosa sino que se les asegure la máxima disponibilidad de bienes exteriores y que en el momento decisivo no tengan que tener

la menor merma en su tenor de vida. Ni la grandeza de Dios, ni la dignidad del hombre, ambos visiblemente exaltados en el misterio de la Navidad, hacen impresión en estos espíritus pobres, hechos insensibles e incapaces de dar un sentido a su vida. Ignorada y rechazada de esta manera la presencia de Dios encarnado, el hombre moderno ha construído un mundo en el que se confunden las maravillas con las miserias, lleno de incoherencias, como una vida sin solidez o como una casa provista de todo, pero que por faltarle el tejado es incapaz de dar el deseado cobijo a sus moradores.

En algunas naciones, efectivamente, no obstante el enorme desarrollo del progreso exterior y aun estando asegurado el mantenimiento material de todas las clases del pueblo, se insinúa y se propaga un sentimiento de malestar indefinible, una expectación de algo que debe acaecer. Vuelve aquí la mente, la expectación de los sencillos pastores de los campos de Belén quienes con su sensibilidad y prontitud pueden enseñar a los hombres soberbios del siglo xx dónde han de buscar lo que les falta. ¡Ea, vamos a Belén!, se dice. Exaltemos este acontecimiento que el Señor nos ha dado a conocer.

Este acontecimiento desde hace ya dos mil años patrimonio de la historia, pero cuya verdad e influjo debe volver a ocupar su puesto en las conciencias, es la venida de Dios entre los hombres. Ahora a la humanidad no puede admitírsele rechazar y olvidar el haber venido Dios a visitar la tierra porque ese hecho es en la economía de la Providencia esencial para establecer el orden y la armonía entre el hombre y sus cosas y entre éstas y Dios. El apóstol San Pablo describe la totalidad de este orden en una síntesis admirable: «Todo es vuestro y vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios». Si de esa indestructible ordenación es excluído Dios o se excluye a Dios y a Cristo, ateniéndonos a las palabras del Apóstol, pensando únicamente en el derecho del hombre sobre las cosas se causaría una fractura total en el designio del Creador. El mismo San Pablo lo acusaría con aquella admonición: «Nadie se gloríe en los hombres». ¡Quién no vé de cuánta actualidad es este aviso para los hombres de nuestro tiempo, tan orgullosos de sus inventos y de sus descubridores, que no sufren ya con tanta frecuencia como en otro tiempo la dura suerte del aislamiento, sino que, al contrario, ocupan la fantasía de la convivencia y también la atención vigilante de los hombres de Estado! Una cosa es tributarles el justo honor y otra esperar de ellos y de sus descubrimientos la solución del problema fundamental de la vida. Por lo tanto, la riqueza y las obras, los proyectos y los inventos, orgullo y tormento de la edad moderna, se deben considerar en relación al hombre, imagen de Dios. Por lo tanto, si el llamado progreso no es conciliable con las leyes divinas del orden mundial, no es ciertamente el bien de un progreso, sino un camino hacia la ruina. Del epílogo ineluctable no se preserva

rá el arte profesional de la organización ni los métodos desarrollados del cálculo, los cuales no pueden crear la íntima solidez del hombre y mucho menos sostenerla.

SEGUNDA PARTE

Cristo en la vida histórica y social de la humanidad

Solamente Jesucristo da al hombre esa íntima firmeza. Cuando viene la plenitud del tiempo, el Verbo de Dios se extendió a esta vida terrena tomando una verdadera naturaleza humana, y de este modo entra también en la vida histórica y social de la humanidad. También en ésta aparece hecho semejante a los hombres, bien que fuese Dios desde toda su eternidad. Su venida, por lo tanto, indica que Cristo pretendía ofrecerse por guía de los hombres y ser de ellos en la historia y en la sociedad. El haber conquistado el hombre en la presente hora técnica industrial un poder admirable sobre las cosas orgánicas e inorgánicas del mundo, no constituye el título de emancipación del deber de estar sometido a Cristo, Rey de la historia, ni disminuye la necesidad que el hombre tiene de ser sostenido por El. Y de hecho el ansia de la seguridad se hace cada vez más vehemente. La experiencia moderna muestra precisamente que el olvidar o desatender la presencia de Cristo en el mundo ha provocado el sentimiento de extravío y la falta de seguridad y estabilidad propias de la hora técnica. El olvido de Cristo ha llevado a desatender también la realidad de la naturaleza humana, puesta por Dios como fundamento de la convivencia en el espacio y en el tiempo.

Principios de la verdadera naturaleza humana, fundamento de la seguridad del hombre

Entonces, ¿en qué dirección se debe buscar la seguridad y la íntima firmeza de la convivencia, si no es volviendo de nuevo la mente a conservar y despertar los principios de la verdadera naturaleza humana querida por Dios? Existe, en efecto, un orden natural, aunque sus formas cambien con los progresos técnicos y sociales. Pero las líneas esenciales han sido y son aún las mismas: la familia y la propiedad como base del abastecimiento personal; luego, como factores complementarios de seguridad, entidades locales, uniones profesionales y, finalmente, el Estado. En estos principios y normas se inspiraron hasta aquí en la teoría y en la práctica los hombres fortificados por el cristianismo para realizar en cuanto estaba en su poder el orden que garantiza la seguridad. Pero a diferencia de los modernos, nuestros antepasados sabían también por los errores de los que no estaban libres sus aplicaciones concretas, que las fuerzas humanas, al establecer la seguridad, son intrínsecamente limitadas, y por

eso recurrían a la oración para obtener que un poder más alto supliere su insuficiencia. En cambio, el descuido de la oración, en la llamada era industrial, es el síntoma más revelante de la pretendida autosuficiencia de la que se jacta el hombre moderno. Son demasiados los que hoy no oran más por la seguridad teniendo como superada por la técnica la petición del Señor que El puso en los labios de los hombres el pan nuestro de cada día dánosle hoy, o, a lo más, repiten sólo con los labios, sin una persuasión íntima de su necesidad perenne.

Falsa aplicación de las conquistas modernas de la ciencia y de la técnica a la seguridad

Pero, ¿se puede afirmar que el hombre ha conquistado o esté para conquistar la completa autosuficiencia? Las conquistas, ciertamente admirables, realizadas modernamente en el desarrollo técnico y científico podrán, bien es verdad, dar al hombre un vasto dominio de las fuerzas de la naturaleza sobre las enfermedades y aun sobre el principio y término de la vida humana, pero es igualmente cierto que tal poderío no será capaz de transformar la tierra en un paraíso de goce completo: ¿Cómo, pues, se podrá razonablemente esperar todo de las fuerzas del hombre si ya los hechos y la aparición de nuevas enfermedades están demostrando el carácter infranqueable de este dominio de la vida? Su aplicación a la vida social no solamente es falsa, sino que es también una simplificación peligrosa en la práctica de progresos mucho más complicados. Estando así las cosas, aun el hombre moderno tiene necesidad de orar y si es cuerdo estará asimismo dispuesto a orar por la seguridad. Con todo, esto no significa que el hombre deba renunciar a nuevas formas, o sea a adaptar el orden a su seguridad, a las condiciones presentes en el orden indicado hace un momento que refleja la verdadera naturaleza humana. Nada impide que se asegure la comodidad utilizando también los resultados de la técnica y de la industria. Pero también es necesario resistir a la tentación y hacer que el orden y la seguridad social se basen y funden en un momento puramente cuantitativo, que no tiene en cuenta el orden de la naturaleza como quisieron los que confían el poder humano al inmenso poder industrial de nuestra época. Pretenden éstos fundar una suerte de seguridad sobre la productividad en continuo aumento y sobre el no interrumpido curso de la producción, de la economía nacional, cada vez mayor y más fecunda. Dicha economía, afirman, sentada sobre un sistema automático completo, cada vez más perfecto de producción y apoyado en los mejores métodos de organización y de cálculo, asegurará a todos los hombres activos un continuo y progresivo rendimiento del trabajo. Tal progreso, en fases sucesivas, llegará a ser tan grande que, mediante providencias que tome la comunidad, podrá ser suficiente para la seguridad

aun de aquellos que no son aún o no son ya hábiles para el trabajo, como los niños, los ancianos y los enfermos. Para establecer esta seguridad, dicen, no será por tanto necesario recurrir a la propiedad, ya sea privada o colectiva, en especie o en capital. Ahora bien, semejante modo de ordenar la seguridad no es una de esas formas de adaptación de los principios naturales a los nuevos progresos, sino quizá un atentado a la esencia de las relaciones naturales del hombre con sus semejantes, con el trabajo y con la sociedad. En este sistema, demasiado artificial, la seguridad del hombre con respecto a su propia vida se encuentra peligrosamente separada de las disposiciones y energías inherentes a la verdadera naturaleza humana que sirve a la ordenación de la comunidad, lo único que hace posible una unión solidaria entre los hombres.

En cierta manera, aun cuando con las adaptaciones necesarias para nuestros tiempos, la familia y la propiedad deben tenerse como base. A su modo, las comunidades menores y el Estado deben poder intervenir como factores complementarios de seguridad. Por consiguiente, necesariamente se comprobará que una medida cuantitativa, por más perfeccionada que esté, no puede ni debe disminuir la realidad social histórica de la vida humana. El tenor de vida, el continuo aumento, y la productividad técnica que se produce incesantemente no son criterios que por sí autoricen a creer que existe un genuino mejoramiento de la vida económica de un pueblo. Tan sólo una visión unilateral del presente estado de cosas y del próximo futuro puede quedar satisfecho con semejante criterio, pero nada más. Y así se tardará mucho tiempo en consumir las reservas del tesoro de la naturaleza y también de la energía humana disponible para el trabajo. De ahí también resulta paulatinamente una desproporción, cada vez mayor, entre la necesidad de la colonización del suelo nacional y una adaptación racional a todas sus posibilidades productivas y un desmesurado aglomeramiento de trabajadores. Añádase a todo esto la descomposición de la sociedad actual y, especialmente, de la familia y sujetos particulares y separados del trabajo y del consumo, el creciente peligro de la vida, basada en las propiedades en todas sus formas, tan expuestas en la desvalorización de la moneda, y tendremos como fundamento únicamente de dicha sociedad la ganancia variable del trabajo. Si nuestra época industrial acusa, con derecho, al comunismo de haber privado de la libertad a los pueblos por él dominados, no debería dejar de notar que también en la otra parte del mundo, bien dudosa será la posesión de la libertad si la seguridad del hombre no se hace derivar de la estructura a que corresponde enteramente en su verdadera naturaleza. La creencia errónea que fija la observación en el proceso cada vez mayor de la producción social, es una superstición, quizá la única de nuestra era industrial imbuída de racionalismo, pero también de más peligro, pues parece considerar como imposibles los fines económicos que entraña siem-

pre el riesgo de volver a la dictadura. Por lo demás, esta superstición no es apta ni siquiera para levantar un sólido baluarte contra el comunismo, puesto que de ella participan tanto la parte comunista como no pocos de la parte no comunista. Ambas partes coinciden en esta creencia errónea, estableciéndose con esto un típico entendimiento, capaz de inducir a los operantes realistas del Occidente a soñar con la posibilidad de una verdadera coexistencia.

El pensamiento de la Iglesia sobre el comunismo

En el mensaje de Navidad del año pasado escuchamos el pensamiento de la Iglesia acerca de este punto, y ahora tenemos intención de confirmarlo una vez más. Rechazamos el comunismo como sistema social, en virtud de la doctrina cristiana, y debemos afirmar, en particular, los fundamentos del Derecho natural. Por la misma razón, rechazamos asimismo la opinión de que el cristiano deba considerar al comunismo como un fenómeno o una etapa en el curso de la Historia, como si fuese un necesario momento evolutivo de ella y que, por tanto, haya de aceptarla como decreto de la Divina Providencia.

Amonestación a los cristianos en la presente era industrial

Pero al mismo tiempo, de nuevo y con el mismo espíritu de nuestros predecesores en el supremo juicio postoral y de magisterio, amonestamos a los cristianos de la era industrial a no contentarse con un anticomunismo fundado en el lema y en la defensa de una libertad vacía de contenido y les exhortamos a que vivan más bien en la sociedad, en la cual la seguridad del hombre reposa sobre el orden moral, cuya necesidad y repercusiones hemos expuesto muchas veces y que reflejan la verdadera naturaleza humana. Ahora bien, los cristianos a los cuales Nos particularmente nos dirigimos, deberán saber mejor que los demás que el Hijo de Dios, hecho hombre, es el único y sólido sostén de la Humanidad, en la vida social e histórica, y que al tomar la naturaleza humana ha confirmado la dignidad de esta como fundamento o norma de dicho orden moral. Es, pues, su principal objetivo lograr que la sociedad moderna vuelva a estructurarse sobre los principios consagrados por el Verbo de Dios hecho carne. Si los cristianos descuidasen este oficio suyo, dejando inactiva, en cuanto de ellos depende, la fuerza ordenadora de la fe en la vida pública, cometerían una traición contra el Hombre-Dios, que aparece visible para nosotros en la cuna de Belén. Y valga esto para atestiguar la seriedad y el motivo profundo de la acción cristiana en el mundo y al mismo tiempo para evitar cualquier sospecha de prepotencia terrena por parte de la Iglesia. Así, pues, si los cristianos se unen con tal finalidad en diversas asociaciones y organizaciones, no tiene otra intención que la de pres-

tar un servicio pedido por Dios en beneficio del mundo entero. Por este motivo y no por debilidad, los cristianos se asocian mutuamente. Pero ellos, y sobre todo ellos, permanecen abiertos a toda sana empresa y todo progreso genuino y no se encastillan en un recinto cerrado como para librarse del mundo. Al consagrarse al bienestar común, no desprecian los demás, sino, por su parte, sin son dóciles a la luz de la razón, podrían y deberían aceptar de la doctrina cristiana al menos lo que se funda sobre el derecho natural. Guardaos de los que desprecian el servicio que los cristianos prestan al mundo y le oponen el llamado cristianismo puro y espiritual. Estos, ciertamente no han comprendido que esta divina institución se basa en la razón fundamental de Cristo, verdadero Dios, pero también verdadero Hombre, el apóstol Santiago nos da a entender la voluntad integral y plena del Hombre-Dios, que vino a ordenar también este mundo terrenal al tributarle a honor suyo dos títulos elocuentes: el de Mediador y el de Hombre. Hombre, sí, como lo es cada uno de sus redimidos.

TERCERA PARTE

La vida humana necesariamente ha de completarse y fundarse en Cristo

Jesucristo no sólo es el firme sostén de la Humanidad en la vida social e histórica, sino también en la de cada cristiano. De modo que, como todas las cosas fueron hechas por medio de El y ninguna sin El, así ninguno podrá, jamás, llevar a cabo obra digna de la sabiduría y de la gloria divinas. El concepto de que toda la vida humana necesariamente ha de completarse y fundarse en Cristo, fué inculcado a los fieles desde los albores de la Iglesia por el apóstol Pedro, cuando en el pórtico del templo de Jerusalén proclamó a Cristo Autor de la vida, o por el Apóstol de las gentes, que indicaba con frecuencia cuál debe ser el fundamento de la nueva Vida recibida en el bautismo. «Vosotros —escribía—, fundad vuestra existencia no en la carne, sino en el espíritu, si de veras el espíritu de Dios habita en vosotros, porque si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no pertenece a Dios». Todo redimido, por consiguiente, como renace en Cristo, así se encuentra, gracias a El, seguro en la fe.

Limites del poder humano

¿Cómo podría, por lo demás, ninguno, aun no cristiano, abandonarse a sí mismo, creer racionalmente en su propia autonomía, perfección y firmeza si la realidad le presenta por todas partes límites con los cuales la Naturaleza le cerca y que podrán, sí, ser ensanchados, pero nunca del todo derribados? La ley de la limitación es propia de la vida en la tierra, y de su imperio no se sustrajo ni el mismo Jesucristo, en cuanto Hombre,

cuya acción tenía límites fijados por los inescrutables planes de Dios, y conforme a la misteriosa operación conjunta de la gracia divina y de la libertad humana. Sin embargo, si Jesucristo Hsmbre, limitado en su vida terrena, nos conforta y confirma en su limitación. Cristo Dios nos infunde un aliento superior porque tiene la plenitud de la sabiduría y del poder. Sobre el fundamento de esta realidad, el cristiano que se dispone animoso y con todos los medios naturales y sobrenaturales a impetrar un mundo natural y querido por Dios, elevará constantemente la mirada a Cristo y contendrá su acción dentro de los confines determinados por Dios. Desconocer esto sería querer un mundo contra la disposición divina y, al mismo tiempo, pernicioso para la misma vida social.

Acabamos de indicar las perniciosas consecuencias que se derivan de la errónea sobreestimación del poder humano y del desprecio de la realidad objetiva que, con un complejo de principios y de normas religiosas, morales, económicas y sociales, establece la justa dirección de las acciones humanas. Ahora, los mismos errores, con semejantes consecuencias, se repiten en el campo del trabajo humano, y más en particular de la actuación y producción en la economía.

A la vista del sorprendente desarrollo de la técnica, y más frecuentemente aun en virtud de sugerencias recibidas, el trabajador se siente dueño y señor absoluto de su existencia, capaz de obtener todos sus fines y de realizar todos sus sueños. Encerrando la naturaleza tangible toda la realidad, él vislumbra en la vitalidad de la producción el camino para hacerse hombre cada vez más perfecto. La sociedad productora, que se presenta al trabajador permanentemente como la realidad sublime y como el poder que sostiene a todo, da la medida a toda su vida. Ella, consiguientemente, es su único firme apoyo para el presente y para el porvenir; en ella vive él, en ella se mueve, en ella está. Ella acaba de ser para él un sucedáneo de la religión. De este modo, se piensa, prepara la nueva etapa del hombre, al que el trabajo rodea con la aureola del más alto valor y la sociedad trabajadora venera en un especie de fervor religioso.

Alto valor moral del trabajo

Ahora se pregunta si la fuerza creadora del trabajo constituye de veras el firme sostén del hombre, independientemente de otros valores en lo puramente técnico, o si, consiguientemente, merece ser como divinizado por los hombres modernos. No, ciertamente; como tampoco ningún otro poder o actividad de naturaleza económica. Aun en la época de la técnica, la persona humana, creada por Dios y redimida por Cristo, sigue elevada en su ser y en su dignidad, y, por lo mismo, su fuerza creadora y su obra tienen una consistencia muy superior. Así consolidado, el trabajo humano es de un elevado valor moral, y la humanidad trabajadora, una

sociedad que no sólo produce objetos, sino que glorifica a Dios. El hombre puede considerar su trabajo como un verdadero instrumento de su propia santificación, porque trabajando perfecciona en sí la imagen de Dios, cumple el deber y el derecho de procurar para sí y para los suyos la necesaria sustentación y se hace elemento útil a la sociedad.

La tranquilidad de este orden le procurará la seguridad y al mismo tiempo la paz en la tierra anunciada por los ángeles.

La cuestión de la paz

Y, sin embargo, precisamente hay hombres religiosos y cristianos que echan en cara a algunos que son un obstáculo para la paz y que viven en contra de la convivencia pacífica de los hombres, de los pueblos, de diversos sistemas, porque no esconden en lo íntimo de la conciencia sus convicciones religiosas, sino que las hacen valer aun en las organizaciones tradicionales y poderosas y en todas las actividades de la vida privada y pública. Afirman que semejante cristianismo hace al hombre dominante, parcial, excesivamente seguro y pagado de sí, que le induce a defender posiciones que ya carecen de sentido, en vez de mostrarse abierto a todo y a todos y confiar en que en una general coexistencia la fe viva e íntima como «espíritu y amor», a lo menos en la cruz y el sacrificio, aportaría a la causa común una valiosa contribución. ¿En este erróneo concepto de la religión y del cristianismo no nos hallamos, por ventura, de nuevo frente al falso culto del sujeto humano y de su concreta vitalidad transportada a la vida sobrenatural? El hombre fuerte con opiniones y sistemas opuestos a la verdadera religión, sigue siendo siempre sujeto a los límites establecidos por Dios en el orden natural y sobrenatural. En atención a este principio, nuestro programa de paz no puede aprobar una coexistencia general con todos y a cualquier precio. Ciertamente, nunca a costa de la verdad y de la justicia. Estos límites irremovibles exigen realmente un pleno respeto. Donde éste existe aún hoy, en la cuestión de la paz, la religión se halla protegida de modo seguro contra el abuso por parte de la política. En cambio, donde el respeto ha quedado reducido a la vida puramente interna, la misma religión queda mas expuesta a dichos peligros.

Armas nucleares y la inspección de los armamentos

Este pensamiento nos lleva expresamente a la cuestión, siempre candente, que causa la incesante ansia de nuestro corazón y que envuelve un problema preciso, del cual haremos en este momento una especial consideración. Nos referimos a la reciente proposición encaminada a suspender, mediante acuerdos internacionales los experimentos de las armas nucleares. Se ha hablado también de llegar ulteriormente a conve-

nios en virtud de los cuales se renunciaría al uso de tales armas y se someterían todos los estados a una inspección eficaz de armamentos. Se trataría, pues, de tres medidas: renuncia a las experiencias con armas nucleares, renuncia al uso de las mismas y control general de los armamentos. La suma importancia de estas proposiciones aparece con trágica luz si considera uno lo que la ciencia cree poder decir sobre acontecimientos tan graves y que creemos útil recordarlo aquí brevemente. En cuanto a las experiencias de las explosiones atómicas, parece que el crédito es cada vez mayor de los que opinan y temen o sienten preocupación por los efectos que produciría su multiplicación. Esto, en efecto, con el tiempo, de aumentarse las explosiones, podría producir en la atmósfera una densidad de productos radiactivos, cuya distribución depende de causas que escapan al poder del hombre y engendran así condiciones bastante peligrosas para la vida de innumerables seres.

Acerca del Uso

En la explosión nuclear se desarrolla, en un tiempo extremadamente breve, una enorme cantidad de energía, igual a varios miles de millones de kilovatios, la cual está constituida por radiaciones de naturaleza electromagnética de densidad elevadísima, incluidas dentro de una vasta extensión de longitudes de onda, aún hasta las más penetrantes, y por diminutos corpúsculos producidos por la desintegración nuclear, que son lanzados casi a la velocidad de la luz. Esta energía se transmite a la atmósfera en el espacio de milésimas de segundo, eleva a centenares de grados la temperatura de las masas de aire circundantes, en violenta expansión de la mismas, que se propagan con la velocidad del sonido; sobre la superficie de la tierra en muchos kilómetros cuadrados. Tienen lugar reacciones de violencia inimaginable, se volatilizan materiales y se destruyen por completo, debido a la radiación directa, por la temperatura o por la acción mecánica, mientras que una enorme cantidad de materiales radiactivos, de diversa duración, completan y continúan la destrucción y la ruina por su actividad. Este, pues, sería el espectáculo ofrecido a la mirada horrorizada en consecuencias de tal uso. Ciudades enteras, aun de las más grandes y ricas de la historia y del arte, aniquiladas; un negro manto de muerte sobre las materias pulverizadas, cubriendo innumerables víctimas, con sus miembros abrasados; retorcidos, dispersos, mientras que otras gimen en los espasmos de la agonía. Entretanto el espectáculo de la nube radiactiva impide a los supervivientes prestar ayuda alguna caritativa y avanza inexorablemente para acabar con las vidas restantes. No habrá grito alguno de victoria, sino sólo el lamento inconsolable de la humanidad, que contemplará desoladamente la catástrofe, debida a su propia locura.

Respecto de la inspección

Hay quien ha sugerido el inspeccionar por medio de aviones debidamente equipados, para vigilar sobre grandes territorios, lo relativo a las explosiones atómicas. Otros podrían acaso, pensar en la posibilidad de una red mundial de centros de observación, mantenidos por especialistas de diversas naciones y garantizados por solemnes compromisos internacionales. Tales centros deberían de estar provistos de instrumentos delicados y de precisión para la observación metereológica y sísmica, para análisis químicos, y espectrógrafos de masas, y otros semejantes. Y aun así harían imposible la inspección efectiva sobre muchas, desgraciadamente no todas, de las actividades que habrían sido precedentemente prohibidas en el campo de la experimentación, por medio de explosiones atómicas. Nos no dudamos en afirmar aún, en el sentido de nuestras anteriores alocuciones, que el conjunto de esas tres medidas, como objeto de un acuerdo internacional, es un deber de conciencia de los pueblos y de sus gobernantes. Hemos dicho el conjunto de esas medidas, porque el motivo de su obligación moral es también la constitución de una seguridad igual para todos los pueblos. En cambio, si se llegase a la ejecución del primer punto solamente, el referente a la experimentación, el resultado sería que la condición no se realizaría tanto más cuanto que habría suficiente motivo para dudar de un sincero deseo de llegar a la conclusión de los otros dos convenios. Nos hablamos tan claramente porque el peligro de proposiciones insuficientes en la cuestión de la paz depende en gran parte de la mutua sospecha que turba con frecuencia las relaciones de las potencias interesadas, acusándose recíprocamente, aunque en diversos grados, de pura táctica y más aún de falta de lealtad en una cuestión fundamental para la suerte del género humano.

La pacificación preventiva

Por lo demás, los esfuerzos por la paz deben consistir no sólo en medidas que tiendan a restringir la posibilidad de hacer la guerra, sino también a prevenir, eliminar, o mitigar a tiempo las contiendas entre los pueblos que podrían provocarlas. A esta expresión de pacificación preventiva es necesario que se dediquen con ojo avizor, los hombres de Estado, penetrados de un espíritu de justicia imparcial y también de generosidad, dentro, claro está, de un sano realismo.

En el mensaje de Navidad del año pasado indicábamos ya los puntos de disensión que se advierten en las relaciones entre algunos pueblos europeos y otros extraeuropeos que aspiran a la plena independencia política.

¿Pueden tales disputas dejarse que sigan su curso —por decirlo así—, procedimiento que podría aumentar fácilmente su gravedad, sembrar el

odio en las almas de los hombres y crear hostilidades tradicionales? Y ¿no podría un tercero, aprovecharse de tales enemistades, un tercero que no es deseado realmente por ninguno de los demás y puede serlo. En todo caso, no se les niegue a esos pueblos una justa y progresiva libertad política y no se les obstaculice la marcha. A Europa, sin embargo, le reconocerán su progreso, a esa Europa, sin cuya influencia, extendida a todos los campos, podrían ser arrastrados por un ciego nacionalismo para sumirse en el caos o la esclavitud.

Por otra parte, los pueblos occidentales, especialmente los de Europa, no deben, ante tales problemas, seguir pasivos en un fútil pesar sobre el pasado o en mutua recriminación sobre el colonialismo. Más bien deberían ponerse constructivamente al trabajo, para extender a donde no se hayan extendido aún, aquellos verdaderos valores de Europa y Occidente que han producido tan buenos frutos en otros continentes. Cuanto más se esfuercen por esto los europeos, tanto mayor será su ayuda a la justa libertad de las nuevas naciones, que, a su vez, se salvarían de los escollos de un falso nacionalismo. Este, en verdad, es un verdadero enemigo, que los lanzaría un día unos contra otros, para ventaja de terceros. Semejante pronóstico, no infundado, no puede ser descuidado u olvidado por aquellos que se ocupan de los programas de la paz en los congresos donde, desgraciadamente, brilla el esplendor de una unidad que es externa y predominantemente negativa. Pensamos que en tales consideraciones y en tal procedimiento hay una valiosa seguridad de paz, en algunos aspectos más importante que una inmediata prevención de la guerra.

Amados hijos: si también hoy el nacimiento de Cristo irradia en el mundo esplendores de alegría y suscita en los corazones profundas emociones, es porque en la humilde cuna del encarnado Hijo de Dios están encerradas las imensas esperanzas de las generaciones humanas. En El, con El y por El, la salvación, la seguridad, el destino temporal y eterno de la humanidad. A todos y cada uno está abierto el camino para acercarse a aquella cuna, para obtener de las enseñanzas, de los ejemplos, de la liberalidad del Hombre-Dios, su parte de gracia y de bienes necesarios para la vida presente y futura. Donde no se haga esto por indolencia propia o por obstáculos ajenos, sería vano buscarlo en otra parte, porque por todas partes pasa la noche del error y del egoísmo, del vacío y de la culpa, de la desilusión y de la incertidumbre. Las experiencias fallidas de pueblos, de sistemas, de individuos en particular que no han querido buscar en Cristo el camino de la Verdad y la Vida, las deberían considerar y meditar seriamente cuantos creen poderlo hacer por sí solos. La humanidad de hoy, culta, poderosa, dinámica, ¿tuvo, acaso mayores títulos a una felicidad terrena en la seguridad y en la paz? Pero no logrará convertirla en realidad sino cuando en sus cálculos, planes y discusiones haya influido el factor más alto y resolutivo: Dios y Jesucristo. Vuelva

a los hombres el Dios-Hombre, Rey reconocido y apetecido como espiritualmente vuelve todas las Navidades a recostarse en la cuna para ofrecerse a todos. Está aquí el augurio que Nos expresamos hoy a la gran familia humana, seguros de indicarles el camino de la salvación y de la seguridad, Dígnese el Dios-Niño acoger nuestra ferviente oración a fin de que su presencia sea sentida casi visiblemente en el mundo de hoy, como lo fué en los días de su terrena demora. Viva en medio de los hombres, ilumine las mentes y corrobore las voluntades, de aquellos que rigen los pueblos. A éstos asegure la justicia y la paz, anime a los intrépidos apóstoles de su eterno mensaje. Sontenga a los buenos, atraiga a sí a los extraviados, consuele a los que sufren persecuciones por su nombre y por su Iglesia, socorra a los pobres y a los oprimidos, alivie las penas de los enfermos, de los prisioneros, de los prófugos. Conceda a todos una centella de su divino amor para que triunfe en todos los ámbitos de la tierra su pacífico reino. Así sea.

Conferencias mensuales Eclesiásticas

MES DE FEBRERO

I.—*Caso de Moral.*—Titius, parochus, urgentissime vocatus ad confessionem moribundi, timens ne forsan tempus deficiat, per telephonium loquitur cum moribundo, quem interrogat utrum doleat de peccatis omnibus in vita commissis, et responso affirmativo contentus absolute absolvit moribundum. Deinde accedit ad lectum et invenit iam defunctum sic absolutum.

Nunc Titius dubitat et interrogat de valore et de liceitate datae absolutionis.

II.—*Documentos Pontificios.*—Discurso del Papa, del 8 de enero, a un grupo de Médicos del Secretariado Internacional «Médicos Católicos» y de A. M. C. I. («Ecclesia» 14 1-56).

Acción Católica

Carta al Presidente de la Junta Técnica N. de A. C. E.

El Emmo. Sr. Cardenal Primado, Dr. D. Enrique Pla y Deniel, ha dirigido, en nombre de la Conferencia de Rvms. Metropolitanos, al Sr. Presidente de la Junta Técnica Nacional de Acción Católica Española la siguiente comunicación:

«Excmo. Sr. Presidente: Tengo el honor de comunicar a vuestra excelencia los acuerdos que la Conferencia de Metropolitanos, en su carácter de Junta Suprema de la Acción Católica Española, tomó en su sesión del 25 de noviembre último:

1.º Se aprueban los presupuestos presentados por la Junta Técnica de Acción Católica para el año 1956.

2.º Se aprueba apoyar económicamente a las organizaciones obreras de la Acción Católica.

3.º Se aprueba la idea de comenzar las gestiones para la construcción de una Casa Nacional de la Acción Católica.

4.º Se acuerda ratificar la confianza y aplaudir y bendecir la tarea intensa en pro de la Acción Católica, a la que consagra gran parte de su vida el presidente de la Junta Técnica Nacional, D. Alfredo López, y sus dignos compañeros de la Junta Técnica.

Enviando la bendición de la Conferencia de Metropolitanos para vuestra excelencia y todos los miembros de la Junta Técnica, se reitera afectísimo suyo servidor en Cristo, ENRIQUE, Cardenal Pla y Deniel.»

Casa Diocesana de Ejercicios Espirituales

«Ntra. Sra. de la Vega»

La Casa Diocesana de Ejercicios empieza a escribir su historia

Como en la Obra de Ejercicios estamos interesados todos porque todos en ella tenemos parte: el Sr. Obispo que orienta, el Director que ordena, los sacerdotes que dirigen tandas, los que envían ejercitantes a costa de no pequeños sacrificios y las solícitas Misioneras que no conocen el desaliento ni el cansancio, a todos servirá de satisfacción conocer la marcha de la Casa y sus actividades:

Hasta fin del año en los cinco meses escasos que lleva de vida, sus actividades han sido las siguientes:

Tandas de Ejercicios: sacerdotes, 4; hombres, 3; mujeres, 9; niños, 1; niñas, 1.

Número de ejercitantes: sacerdotes, 233; hombres, 98; mujeres, 326; niños, 56; niñas, 50.

Cursillos celebrados: sacerdotes, 1; Acción Católica, 1; Hogar y Formación, 4.

Número de cursillistas: sacerdotes, 84; Acción Católica, 82; Maestros y otros, 162.

Retiros espirituales: sacerdotes, 3; ferroviarios, 3; varios, 5.

Número de asistentes a retiros: sacerdotes, 560; ferroviarios, 100; varios, 150.

Total actividades: Tandas, 18; Cursillos, 6; Retiros espirituales, 11.

Total número: Ejercitantes, 583; Cursillistas, 328; asistentes a retiros, 810.

Sacerdotes que han dirigido Tandas, Cursillos y Retiros: 35.

La estadística es la que mejor habla. Los números son más elocuentes que las palabras.

¡El Señor bendice su Obra!

Miscelánea

¡Es el Señor!

Texto íntegro del editorial de «L'Osservatore Romano», comentando la aparición del Señor al Papa.

En la festividad de la Inmaculada Concepción del pasado año de 1954 se reunieron para un rito solemne en la basílica Liberiana el Sacro Colegio, obispos, prelados y gran multitud de pueblo, al cumplirse el Año Mariano. El que lo había promovido y abierto doce meses antes estaba ausente por aguda enfermedad; sin embargo, el Padre Santo, Pío XII, no sólo estuvo en espíritu entre sus hijos más próximos y unido al coro de los fieles de toda la tierra, sino que desde su lecho de dolor quiso hacer llegar a unos y a otros su voz fatigada y a pesar de todo límpida y sostenida por inmensa fe: «Con la visión de todo el mundo católico, hoy, como una sola familia postrada a los pies de la Virgen Inmaculada —dijo— seamos agradecidos al Señor, que, a trueque de tanta largueza de oraciones y de obras subidas hasta El en este año de gracia, ha querido de Nos, en acto de amor, el sufrimiento y el sacrificio».

«Y Nos —prosiguió— con el sufrimiento en los miembros, con el sacrificio en el corazón, estamos contentos al clausurar el Año Mariano...». Siguióse el avemaría inefable síntesis de esperanza en la Madre celestial—, recitada por el propio Sumo Pontífice.

A esta suprema luz cristiana, bajo la cual el dolor es estimado como medio de perfeccionamiento y de unión con Dios y como inseparable compañero de la actividad apostólica, hasta el punto de suscitar en quien serenamente lo acoge una sorprendente alegría, debe ser consi-

derado el maravilloso acontecimiento ocurrido, al alba del 2 de diciembre del mismo 1954, acontecimiento que una indiscreción — como fué definida por aquellos mismos que divulgaron el hecho, y que ciertamente no fué ni deseada ni aprobada por quien era objeto de ella— hizo conocer en todo el mundo. Antes bien, conviene precisar que el Padre Santo se mostró abiertamente descontento por la indiscreción cometida, aunque lo fuera, sin duda, con buena intención.

¿Qué es lo que caracteriza a la aparición? Es una señal manifiesta de la omnipotencia y sabiduría divina, soberana dominadora del universo. En el fulgor sobrenatural, frente a la realidad admirable, la cual también al hombre da, según la palabra de San Pablo, toda posibilidad en Aquel que lo conforta, los miembros del Cuerpo místico de Cristo, esto es, la Iglesia, han visto un acto más de la benignidad del Señor. Y a El han ofrecido su más vivo reconocimiento, así como antes habían elevado constantemente, como ofrenda a Dios, oraciones suplicantes para que conservase al Pastor y Guía, a su grey.

Como suele acaecer, dada la extraordinaria importancia de lo anunciado, no faltó quien quisiera entretenerse en disquisiciones sobre el acontecimiento, con los debates característicos sobre el más o menos clamoroso suceso periodístico, o con las subjetivas indagaciones sobre este o aquel particular, antes que ocupándose de la sustancia real, inclinándose, más bien, con preferencia, a la amplificación de los elementos secundarios. Muy a propósito, pues, «L'Osservatore Della Domenica», a breve distancia de la primera revelación, delineaba con conmovida objetividad cuanto había acaecido y deducía las primeras explicaciones y enseñanzas para los propios fieles y para la humanidad entera.

* * *

Sin embargo, como perduran incertidumbres y suposiciones inexactas, acompañadas a menudo de juicios erróneos y no siempre benévolos, creemos oportuno aportar también nosotros nuestra contribución a la exposición precisa de la verdad tal como la hemos sabido por uno de los poquísimos devotos colaboradores que en aquel diciembre se acercaban a diario al Sumo Pontífice y que, con la máxima reserva y la más atenta fidelidad, había tomado algunos apuntes, inmediatamente sellados bajo sobre, en el que había escrito: «Para abrir tan sólo después de mi muerte». Posteriormente, esto es, cuando la noticia fué del dominio público, la misma persona consideró un deber referir lo tocante a sus apuntes al Padre Santo y de él obtuvo confirmación de la veracidad de sus notas.

Esto constituye la prueba del reverente y profundo afecto con que fué acogida la breve narración del prodigio. Pero esto recuerda además un detalle de la mayor importancia: que ni un solo día, incluso durante

su grave enfermedad, dejó pasar el Sumo Pontífice sin atender, con claridad perfecta de su diligente voluntad, sin otros límites que los de la fuerza física, a su trabajo, a las altas responsabilidades que Dios le confirió en el momento de elevarlo a la Cátedra suprema, encendiendo en su corazón la llama de la paternidad universal.

Entrado, pues, en la cámara del Padre Santo, hacia las nueve de la mañana del 2 de diciembre —así se lee en el folleto titulado «Audiencia del 2 de diciembre de 1954»—, el visitante había apenas formulado, doblando la rodilla, el augural saludo matutino, cuando, por toda respuesta, oyó al Padre Santo exclamar: «¡Esta mañana he visto al Señor!» Y añadir que el día anterior había oído una voz clarísima anunciar distintamente: «Tendrás una visión», y aquella mañana, mientras repetía la invocación del «Anima Christi», «in hora mortis meae voca me», el Señor había llegado y se había detenido cerca de él. En aquel momento Su Santidad había pensado inmediatamente en el conocido pasaje del Evangelio de San Juan: «Magister adest et vocat Te», y en seguida, por eso, había agregado el versículo siguiente de la misma plegaria «Anima Christi»: «Et jube me venire ad te». Todo eso —así se lee en los apuntes— fué dicho por el Padre Santo con admirable presencia y claridad de espíritu. Débese hacer notar que, no obstante la atenta y continua asistencia al infierno, en aquel solemne momento nadie se encontraba presente en la cámara de Su Santidad. Solamente algunas personas se hallaban reunidas en la estancia contigua.

Nada más. Pero es mucho, muchísimo, para quien tiene conocimiento de los caminos de Dios y de la historia de la Iglesia, la cual registra las manifestaciones arcanas y misericordiosas de la excelsa Bondad y sabe que no se producen para satisfacer las ansias, las impacencias, la curiosidad, los restringidos puntos de vista terrenos; sino que acuden a fortificar la fe de los justos, a revigorizar la de los tibios, a encender un deseo en los que están todavía lejanos.

Teólogos y pastores de almas han explicado ya la naturaleza y el significado de estas intervenciones celestes. A nosotros no nos queda más que recoger la irradiación benéfica y fecunda, como una de tantas que de continuo se difunden, especialmente en tiempos de singular necesidad, desde la persona venerada de aquel que, hoy Cabeza visible de la Iglesia, ha sido objeto de singulares predilecciones divinas.

Si hubiéramos querido hacernos eco de la primera impresión escuchada a la mañana siguiente de la noticia, habríamos referido el escueto comentario de un humilde creyente: «Es natural. ¿A quién sino a El? Basta ver de qué modo el Papa reza y se vuelve a Dios».

Pero, como habíamos indicado, aquí nos hemos propuesto considerar el conjunto a la luz de la vivificante y real presencia de Jesucristo en su Iglesia, que va desde el sacramento de la Santísima Eucaristía a su

divina enseñanza, a la inspiración diuturna liberalmente concedida a su Vicario en la tierra.

Fuera de este límite, tan explícito y concreto, el prodigio es mal valorado o no puede ser comprendido. Dentro de aquellos inefables horizontes, se transforma en documento seguro, perceptible y evidente, aunque muy raro. Se trata, en una palabra, de sentir de lleno, que es el mandato de Cristo a Pedro y cuál es la respuesta de Pedro al maestro. Nuestro periódico tiene a honra y orgullo dar de ello testimonio cotidiano.

* * *

El mundo católico había ya espontáneamente definido como milagrosa la curación de Pío XII. Dios, para eso, se sirvió de los medios comunes de la ciencia e iluminó la mente de ilustres y vigilantes clínicos. Se puede, por lo tanto, suponer que la visita sensible de Jesús al Sumo Pontífice enfermo, junto a su cabecera, no había querido tanto significar la inmediata desaparición del mal — bien que ya en la noche siguiente empezó una notable y progresiva mejoría— cuanto la fuerza invencible capaz de superar las asperezas más angustiosas que aún no habían llegado. Es el hecho que en la tarde del mismo 2 de diciembre el estado de Su Santidad se tornó aún más grave y alarmante. Pero su serenidad fué superior a toda crisis y a toda ansia. Getsemaní, ¿no es acaso un rasgo de los más conmovedores de la pasión de Jesús? Y ahora el Señor, no por medio de su ángel, sino personalmente se ha dignado llevar el infinito alivio, el confortamiento indecible. Así, a cuantos se aproximaban al Papa para cuidarlo con toda devoción, El les señalaba uno de los puntos culminantes de los ejercicios de San Ignacio, mostrándoles reiteradamente el áureo librito: la plena e imperturbable conformidad con la voluntad divina.

Ante una disposición tan abierta y generosa se agolpan en la mente espléndidos sucesos de una incomparable vida, para cuyo cotejo nada tienen que ver las analogías con simples recursos humanos. Se podía pensar en la figuración estupenda de Elías, a quien el Señor invita a levantarse de su fatiga y a proseguir sacando fuerzas de flaqueza, puesto que «grandis tibi restat via». Sobre todo acude a la memoria uno de los más deliciosos episodios concernientes al primer Apóstol y primer Papa, Pedro.

Cuenta el Evangelio que en uno de los días de la permanencia de Jesús en la tierra después de la Resurrección, el Redentor se presentó en la ribera del lago de Tiberíades junto al lugar donde los apóstoles acudían a pescar. Y de pronto Juan dijo a Pedro: «Dominus est». ¡Es el Señor! ¿De quién ha sido la súbita voz que en la vigilia del 2 de diciembre ha dado al Padre Santo, al Pedro viviente, previo anuncio de lo que

iba a sobrevenir? No podemos indagar ni queremos argumentar. Pero sabemos por el mismo Evangelio que Pedro, ante aquel inesperado reconocimiento, inmediatamente se arrojó al agua y salvó a nado la distancia que le separaba de la playa para postrarse lo antes posible ante el Divino Maestro, mientras los demás apóstoles tendían las redes por mandato del mismo Jesús. A Pedro fué después ordenado que sacase a la orilla la red llena. Los símbolos son elocuentes para recordar y atestiguar: la presencia del Hijo de Dios: el generoso apresuramiento de Pedro hacia El, entre el oleaje de toda prueba y contrariedad; el supremo cargo concedido al Príncipe de los Apóstoles. Todo formaba de hecho, la preparación de lo que se iba a desarrollar algunos instantes después: el sublime otorgamiento de la primacía del mismo Pedro.

Predilección de Dios, correspondencia de su Elegido, no son cosas nuevas en la vida de los pontífices.

Semanas atrás, mientras las gentes permanecían atónitas y como paralizadas por cuanto se había difundido, la liturgia celebraba la fiesta del Pontífice San Clemente, el tercer sucesor de Pedro. En el introito de la misa es recordado el pasaje del profeta Isaías: «Dice el Señor: Mis palabras, que yo he puesto en tus labios, jamás vendrán a menos en tu boca, y los dones que ofrecerás en mi altar serán gratos.»

¡Jomás vendrán a menos! En aquella misma mañana del 2 de diciembre el Padre Santo, hecha la breve referencia de lo que había sucedido, trató de las cuestiones corrientes y, entre otras, dió los últimos retoques al discurso de los juristas católicos, cuyo texto fué llevado al siguiente día 5, al congreso de aquella asociación.

Como en todo momento, la dedicación absoluta. La visita divina había puesto un acento de gloria en el permanente coloquio de gracia entretejido desde el primer «adsum» a lo largo de la merítisima existencia del Sumo Sacerdote. Un día, exactamente la víspera de uno de los acontecimientos más insignes del presente pontificado —la iniciación del Año Santo—, Pío XII hubo de exclamar: «La grandeza y la gravedad, las vicisitudes y los sufrimientos del tiempo en el cual la Providencia divina ha querido situar nuestra vida y nuestro trabajo no nos espantan. Aspero como es, cuajado de peligros, agravado por amarguras, amamos, sin embargo, este tiempo, lo abrazamos como la cruz destinada por el Señor desde la eternidad, en cuya ruda dureza deben probarse lo genuino de nuestro amor, la firmeza de nuestra fidelidad, lo absoluto de nuestra fe, la medida de nuestra íntima participación en los dolores, en las necesidades, en la misión de la Esposa de Cristo». En una hora de acentuado trabajo, Dios muestra de manera inusitada cuán aceptos son el empeño y el ardor. No se trata por nuestra parte de intuir lo que la pobre mente humana no puede alcanzar; pero, exultantes

y agradecidos, todos habíamos visto las nuevas energías lozanas, las prósperas empresas de Pío XII.

«Dominus est» Como siempre Pedro continúa corriendo hacia el Señor, diligente y pronto a la fatiga, que es grande cuanto es vasto el mundo, y que persistirán mientras duren los siglos, y a actuar siempre en más extensas conquistas de almas para Cristo, con la certidumbre resplandeciente y diamantina en las victorias de Dios.

Crónica General

El Dr. Bueno Monreal, Administrador Apostólico de Sevilla

Por decreto de la Sagrada Congregación Consistorial, fechada el 29 de octubre último, ha sido nombrado Administrador Apostólico «se de plena» del Arzobispado de Sevilla, el Excmo. y Revdmo. Sr. Arzobispo Coadjutor del Emmo. Cardenal Segura, Dr. D. José María Bueno Monreal.

Nombramientos de nuevos Obispos para las Diócesis de Vich, Bilbao y Sigüenza

Recientemente han sido nombrados los siguientes Obispos:

Para la Sede de Vich el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Ramón Masnou Boixeda, que era Auxiliar del anterior Sr. Obispo de Vich.

Para el Obispado de Bilbao, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Pablo Gúrpide Beope, que lo era de la de Sigüenza.

Y para este último Obispado, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Lorenzo Bererciartua Belerdi, que hasta ahora era Auxiliar de Zaragoza.

Nombramiento de Obispo Auxiliar de Barcelona

Ha sido nombrado el M. I. Sr. D. Narciso Jubany Arnáu como Obispo Titular de Ortosia de Fenicia y Auxiliar del Excelentísimo y Reveren-

dísimo Sr. Dr. D. Gregorio Modrego Casaus, Arzobispo Obispo de Barcelona.

Monseñor Jubany Arnáu cuenta 42 años de edad y es natural de Santa Coloma de Farnés (Gerona). Después de haber iniciado sus estudios eclesiásticos en Barcelona, continuó en la Universidad Pontificia de Comillas, en donde se graduó. Ha desarrollado una intensa labor apostólica, especialmente en la Acción Católica. Ha sido Consiliario de la Juventud Femenina de Acción Católica de San Francisco de Paula y Viceconsiliario del Consejo Diocesano de los Jóvenes de Barcelona. Ha ejercido el cargo de Juez de Causas Pías y le fué encomendada por su Prelado la misión de delegado episcopal de la Obra de la Vivienda, creada por el Congreso Eucarístico de Barcelona. Era también actualmente profesor de Derecho Canónico del Seminario de la Ciudad Condal y Canónigo de la Catedral de Barcelona.

Crónica Diocesana

Santas Misiones Parroquiales

ALDEASECA DE ALBA

Del 10 al 18 de diciembre, esta Parroquia ha vivido unos días inolvidables, con motivo de la Santa Misión que ha estado a cargo de los RR. PP. Barrado y Clairac, de la Compañía de Jesús. Desde el primer día todo el ambiente estuvo saturado de espíritu de sacrificio que, junto con la oración, son la tónica de las Misiones populares: las Autoridades en su puesto de ejemplaridad; los señores Maestros con sus niños, siendo los más entusiastas colaboradores de los misioneros; las juventudes con su entusiasmo y el pueblo sin excepción alguna... todos con su conducta han sido una prueba palpable del poder de la gracia extraordinaria que es toda Misión. Rosario de la Aurora, sermones, pláticas, conferencias... todo sin interrupción hasta el final, rematado con la Comunión general y el paseo triunfal de Jesús Sacramentado por las calles del pueblo. También nuestros fieles difuntos recibieron los beneficios de la Misión, ya que el último día se ofrecieron sufragios por su eterno descanso.

Que Dios bendiga a los infatigables Misioneros y que su siembra sea para ellos premio y corona, y para esta Parroquia fruto de santidad y de vida eterna.

Necrologia

El día 11 del pasado diciembre falleció el Rvdo. Sr. D. José Benito Pérez, Párroco de Villasbuenas de la Ribera, de la Diócesis de Ciudad Rodrigo.

El día 8 de los corrientes falleció el Rvdo. Sr. D. Lázaro Gonzalo Morató, Párroco de Endrinal de la Sierra.

Los dos pertenecían a la Hermandad de Sufragios y tenían cumplidas sus cargas, por lo que los señores socios aplicarán por cada uno una Misa y rezarán tres responsos.

El 4 de enero falleció el Rvdo. Sr. D. Patricio Martín Hernández, Sacerdote diocesano residente en San Sebastián. Pertenecía a la Hermandad de Sufragios.

También falleció el día 8 de los corrientes el Rvdo. Sr. D. Claudio Zardain Fernández, Beneficiado de la S. I. B. Catedral de Salamanca.

El Rvdmo. Prelado ha concedido Indulgencias en la forma acostumbrada.

D. E. P.

Anuncios

Obra Pia de Revilla de la Cañada

Las instituciones de beneficencia particular, establecida en la Diócesis, que pretendan ser auxiliadas pecuniariamente en el año 1956, así como los sacerdotes pobres y las iglesias necesitadas, que deseen se les encomiende, respectivamente, el ofrecimiento de misas y sufragios por las almas de la fundadora, de su esposo y de los padres de ambos, presentarán instancia en la Vicesecretaría de Cámara, Palacio Episcopál, Salamanca, antes del día 28 de febrero.

Los solicitantes que hayan sido agraciados en el año anterior, no precisarán repetir la petición.